

velan, es una; y la cabeza de la Iglesia, por quien se revelan, que es el sumo Pontífice, es uno; y porque las mismas cosas reveladas, que pertenecen á la fe, siempre son unas y nunca se mudan, aunque se muden otras en la Iglesia, que no pertenecen á la fe. ¿Quién podrá, con lengua no humana, sino de ángeles, explicar las otras excelencias y maravillas de nuestra santa religion? ¿Quién declarará el tesoro riquísimo de la Sagrada Escritura, que, como una mesa real, está proveida de todos los manjares, para pasto y sustento de todas las ánimas santas, y para todos los ingenios y entendimientos, por elevados que sean? ¿Quién la doctrina tan pura y sincera, sin ninguna mezcla de error? ¿Quién el favor grande que promete á la virtud, y el disfavor y castigos que amenaza á los vicios? ¿Quién la felicidad que promete y da, pues no solamente hace buenos á los hombres, sino tambien bienaventurados, cumpliéndoles el deseo natural que tenemos todos del sumo bien y último fin? ¿Quién la pureza de vida que causa en los que la profesan? ¿Quién las mudanzas que hace en los corazones, pues muda los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los árboles silvestres y estériles en árboles hermosos, cargados de frutos de vida eterna? ¿Quién podrá contar la infinidad que ha habido y hay en la Iglesia católica de santos, que en todo linaje de virtudes han resplandecido y resplandecen en el mundo, más que las estrellas del firmamento? ¿Qué de niños tiernos, vestidos de pureza é inocencia? ¿Qué de doncellas más limpias que el sol, adornadas con la laurea de su virginidad? ¿Qué de matronas tan continentes, que merecieron ser dechado de toda virtud y honestidad? ¿Qué de monjes, anacoretas, sacerdotes, levitas, que siendo hombres en la naturaleza, fueron más que hombres por la gracia, y estando en la tierra con el cuerpo, fueron con el espíritu moradores del cielo? Pues de los sagrados doctores que en todas las provincias y regiones del mundo han ilustrado la santa Iglesia católica, ¿qué Tulio ó qué Demóstenes dignamente podrá hablar, ó qué río de elocuencia no se agotará en contar el número sin número dellos, la sabiduría no humana, sino celestial, la profundidad y agudeza de ingenio, la madurez y gravedad de juicio, la excelencia y alteza de sentencias, la copia y elegancia de palabras, el orden y disposicion en lo que tratan, la fuerza y evidencia de los argumentos que usan, agora sea impugnando á los enemigos de la Iglesia, agora respondiéndoles y defendiendo la verdad; y sobre todo, aquel espíritu humilde, suave, amoroso y celoso, y verdaderamente divino, con que todo lo que escriben está empapado? De manera que así como la claridad del sol se conoce por los rayos de la luz que echa de sí, así la sabiduría incomprensible de Dios resplandece y se echa de ver en lo que tantos y tan grandes y tan sabios doctores, alumbrados por Él, nos enseñaron. Y todo ha sido menester para cultivar nuestros entendimientos, por una parte rudos

y por sí inhábiles, y por otra confiados y atrevidos, para derribar la vana presuncion y altivez de los filósofos, para convencer la maliciosa inorancia y inorante malicia de los herejes, para declarar la majestad soberana de los misterios de la religion cristiana, y navegar seguramente por el piélago profundísimo y altísimo de la Sagrada Escritura. De los fortísimos y valerosísimos mártires mejor es callar y con un casto y debido silencio honrarlos, que quererlos alabar con nuestra lengua muda; pues la de los ángeles apenas podrá contar los ejércitos sin cuento dellos, la variedad de los tormentos, la atrocidad de las penas, la crueldad y linajes de muertes que padecieron, y el esfuerzo y alegría con que padecieron.

Todos estos santos y bienaventurados mártires son caballeros de la Iglesia católica. Todos estos sapientísimos doctores son sus discípulos. Todos los obispos y pastores son sus ovejas. Todos los religiosos y seglares, vírgenes y casadas, príncipes y plebeyos, niños y viejos, sabios é inorantes, y finalmente, todos los que en cualquiera suerte, estado y manera de vida han participado de la gracia y redencion de nuestro Señor Jesucristo, y se han salvado por sus merecimientos, son plantas hermosísimas deste paraíso de deleites, discípulos desta escuela de sabiduría celestial, soldados esforzados desta milicia sagrada, cortesanos escogidos de la corte de Dios, ovejas obedientes y mansas deste aprisco, hijos verdaderos de la Iglesia apostólica y romana, y criados con la leche purísima de la religion católica, la cual, rodeada de tantos y tan lucidos escuadrones, y teniendo á Dios por capitán general, es invencible, y siempre ha sido y es y será vencedora de los tiranos poderosos, de los herejes engañosos, del pecado, de la muerte, del demonio y del infierno, cuyas puertas y poder jamas podrán prevalecer contra ella; ántes esta santa religion ha sido tan poderosa, que, por medio de doce pobres pescadores, y soldados suyos, pudo echar de su reino al príncipe y tirano del mundo, el cual se habia encastillado en él, y por medio de la idolatría quitado al verdadero Rey y Señor de su silla, y tomádole la corona de su divinidad y puéstola sobre su cabeza. Y tenía tan tiranizados á los hombres que le ofrecian sacrificios deshonestos, furiosos y tan crueles, que los padres sacrificaban á sus hijos, y la potencia del Crucificado pudo limpiar la tierra, purgar la mar y santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios abominables, y desterrar del universo esta pestilencia, asolar los templos de los falsos dioses, derribar sus altares, quemar y despedazar y arrastrar sus idolos, y derribar de su trono á este fiero y sangriento tirano, como Dios lo tenia prometido por el profeta Zacarías (1); y la manera con que se acabó una hazaña tan grande y una vitoria tan gloriosa, fué con la muerte de los que vencian y con los milagros innumera-

(1) Zach., xiii.

bles y esclarecidos que obraba el Señor, que por ellos venia; entre los cuales, como muy bien dice el padre fray Luis de Granada (1), tomándolo de san Agustin (2), el mayor, sin duda, de todos fué la misma conversion del mundo; y cualquiera hombre prudente dirá que es así, si consideráre que los predicadores del Evangelio y de esta santa religion eran, como dijimos, unos pocos y pobres y despreciados pescadores, y que predicaban cosas arduas y dificultosas para creerse, y no ménos para obrarse; porque predicaban los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, del santo Sacramento del altar, y que un hombre crucificado era Dios y criador del cielo y de la tierra, que son cosas que tanto sobrepujan todo humano entendimiento; y juntamente enseñaban una perpétua cruz y mortificacion, y que el hombre debe contradecir á todos sus gustos y apetitos, y negarse á sí mismo, que son cosas tan contrarias y repugnantes á nuestra estragada y mal inclinada voluntad.

Los hombres á quien predicaban eran deshonestísimos y carnalísimos, y unos brutos y esclavos de Satanás, y los predicadores desta doctrina tenían por contrarios y por enemigos á todos los príncipes, emperadores y monarcas del mundo, que resistian á la predicacion, y resistian con todo su poder y con todos los géneros de tormentos, suplicios y muertes que el demonio, que los movia, supo inventar. Pelearon y cayeron, resistieron y fueron vencidos, mataron á nuestros soldados, y ellos con su muerte (ó por mejor decir, verdadera vida) triunfaron de sus matadores, y nuestra santa religion quedó señora del campo, y despues acá siempre lo ha sido y lo será, por virtud del que es su virtud, su amparo y defensa, su gloria, su corona y triunfo; pues siendo ella tal, ¿no ha de ser servida y preferida á todas las cosas del mundo?

CAPÍTULO VI.

Los nombres que tiene en la Sagrada Escritura la religion cristiana, por los cuales se declara su excelencia y que ella nos enseña lo que debemos hacer.

Estas mismas excelencias y grandezas de nuestra santa religion se sacan de los muchos y varios nombres de gran gloria y majestad que la Sagrada Escritura da á la santa Iglesia (3). Cristo nuestro Señor, autor y fundador y esposo desta Iglesia, la llama reino de Dios, reino del cielo, ciudad puesta sobre el monte, campo sembrado de trigo, tesoro precioso, plantel del Padre celestial, viña del Señor, aprisco y rebaño de sus ovejas. Y los sagrados apóstoles, que fueron los principales predicadores deste reino, y ciudadanos desta ciudad, y labradores deste campo, y guardas deste tesoro, y obreros desta viña, y pastores deste rebaño, la llaman

(1) In catechism. (2) Aug., De Civit. Dei., lib. xii., cap. v. (3) Matt., xxi., 4, 5, 13; 15, 20 et 22; Luca., xiv et xx; Joan., i., I, Petri., v.; Petr. II; Actor., iv et v; I., Cor., iii; II., Cor., vi; Hebr., xi et xx; I., Tim., iii; Ephes., i., ii et v; Apoc., xxi; II., Cor., xi.

manada de Dios, muchedumbre de los creyentes, casa espiritual, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido y comprado con sangre, pueblo de Dios, sacado de las tinieblas y llamado á la luz, admirable templo del Espíritu Santo, casa, habitáculo, iglesia y ciudad de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad, cuerpo de Cristo, Jerusalem celestial, ciudad santa, esposa del cordero, esposa de Jesucristo, virgen casta y purísima, y con otros nombres que declaran la santidad, la pureza, la hermosura, la excelencia y majestad de la Iglesia católica y el respeto, amor y reverencia que le debemos tener, y cuán justo es que los reyes y príncipes poderosos hagan con ella lo que el Señor tanto ántes le habia prometido por Esaías, por estas palabras (4): «Los reyes serán tus amos, que te eriarán, y las reinas tus amas; postrados en tierra y con el rostro humilde te adorarán y lamerán el polvo de tus piés, y entenderás que yo soy el Señor, y que ninguno que espera en mí será confundido.» Siendo, pues, la religion cristiana tan alta, tan magnífica y de tanta majestad, y teniendo los cristianos y verdaderos hijos suyos tan grande certidumbre y seguridad de nuestra santísima fe, como tenemos (porque aquí, hablando con los fieles y católicos, suponemos por cierta y averiguada esta verdad), debemos desechar cualquiera falsa y peregrina opinion y doctrina contraria á lo que enseña, y tomarla á ella por maestra, por guía y por luz de todo lo que tenemos de creer, obrar, decir y hacer.

La luz corporal de tal manera nos alumbrá, que con ella vemos, primero la misma luz, y despues las otras cosas visibles, así nuestra santa religion, como luz espiritual y divina, primero se manifiesta á sí con su misma luz para que la veamos y conozcamos, y despues nos descubre y hace ver todo lo demas. Y como la regla que ha de reglar y enderezar las otras cosas primero ha de ser derecha y firme en sí, así la religion, que es el nivel y regla de todas nuestras acciones particulares y comunes, domésticas y públicas, debe ser primero santísima y rectísima en sí, para poder enderezar lo torcido y corregir lo que va errado. Y esta rectitud y santidad no se puede hallar, ni la hay, sino en sola la religion cristiana, por haber sido enseñada, como dijimos, de aquel Maestro que solo es santo y fuente de toda rectitud y santidad. Por donde los príncipes que quieren acertar y saber lo que deben hacer para con Dios y para consigo mismos, para con sus reinos y señoríos, para con sus amigos y enemigos, no tienen necesidad de otro maestro ni de otra guía sino de la religion cristiana; porque, siguiéndola, no podrán errar ni tropezar, ni dejar de ser felicísimos y bienaventurados los reinos que fueren gobernados por ellos. Veamos, pues, lo que enseña esta santa religion á los reyes y príncipes cristianos acerca de la cuenta que deben tener con la misma religion, y despues trataremos de lo demas.

(4) Esaie., xlix.

CAPÍTULO VII.

Lo que la religion cristiana enseña deben hacer los príncipes con la misma religion, para conservacion de sus estados.

En el *Deuteronomio* (1), despues de haber Dios enseñado á su pueblo á quién habian de elegir por rey, y mandado que fuese de su mismo pueblo, y no de otro, de su misma creencia y religion, y no de otra, y el que el mismo Dios escogiese, y no el que ellos por su antojo ó aficion quisiesen tomar, enseña lo que el rey así electo debe hacer, por estas palabras: «Despues que se hubiere sentado en el trono de su reino, trasladará la recapitulacion desta ley, conforme al original que le darán los sacerdotes de la tribu de Leví, y tendrá este traslado consigo, y le leerá todos los dias que viviere, para que aprenda á temer á su Dios y Señor, y guardar sus palabras y las ceremonias que se mandan en la ley. No se levante ni ensoberbezca su corazon sobre sus hermanos, ni se aparte un punto de lo que le está mandado, echando á la diestra ó á la siniestra; porque, si así lo hiciere, reinará largo tiempo él y sus hijos sobre Israel.» Todas estas palabras son del Espíritu Santo, en las cuales declara que el primero y más principal cuidado que deben tener los reyes que reinan por él, ha de ser, entender y cumplir su santa ley. Y para esto quiere que el rey la traslade, para que, habiéndola escrito por su mano y acordándose que fué escrita por el dedo de Dios mejor se le imprima en el corazon, y que la lea cada dia, porque desto se le seguirán cuatro provechos maravillosos. El primero temer á Dios, que es el principio de la sabiduria y de todos los bienes. El segundo, guardar sus mandamientos y ceremonias, porque así guardarán los pueblos los suyos. El tercero, no desvanecerse con el mando y con la potencia y soberanía de rey, y conocer que aquella persona y majestad que representa no es suya, sino de Aquel cuyo lugar tiene. Y finalmente, la seguridad y establecimiento de sus reinos para sí y para sus hijos, que es lo que los reyes y príncipes comunmente desean, y lo que los que no atienden á esto, por la razon vana de estado pretenden alcanzar.

Mandó Dios á Moisés que hiciese capitán general de todo el pueblo de Israel, para despues de sus dias, á Josué, y despues de haberle declarado las ceremonias con que lo habia de hacer, le dice estas palabras (2): «Cuando Josué hubiere de hacer alguna cosa, Eleázaro, sacerdote, la consultará primero con Dios, y segun la orden que Eleázaro le diere, Josué, y todo el pueblo de Israel con él, entrará y saldrá.» Dando á entender que ántes de comenzar cualquiera cosa se debe encomendar á Dios, y conforme al mandato del sacerdote, gobernarse los negocios de la paz y de la guerra, por la gran cuenta que en todos ellos se debe tener con la religion. Muerto ya Moisés, dijo Dios á Josué (3): «Esfuérzate y sey muy valeroso y esforzado para

(1) *Deut.*, xvii. (2) *Num.*, xxvii. (3) *Josué*, i.

guardar y cumplir toda la ley que mandó Moisés, mi siervo, y no declines ni te apartes della á una parte ni á otra; porque así entenderás todo lo que debes hacer. Mira que tengas delante siempre el libro desta ley, y que de dia y de noche pienses en él, para que guardes y cumplas todo lo que en él está escrito, porque así entenderás sus caminos y acertarás en ellos. Yo soy el que todo lo mando; esfuérzate, ten ánimo y sey robusto. No temas ni te espantes, porque tu Señor Dios está contigo para todas las cosas que emprendieres.» De suerte que quiere Dios que los gobernadores y capitanes generales de sus ejércitos lean y rumien continuamente su santa ley, para acertar en sus consejos y empresas, y para que les suceda bien, teniendo á Dios consigo. Y así el mismo Josué (4), estando ya viejo y al cabo de su jornada, encomendó á todos sus capitanes y gente principal del pueblo que lo hiciesen, y les encargó mucho que tuviesen siempre delante los ojos la ley de Dios, y la guardasen con suma diligencia, y añade estas palabras: «Haciendo así, el Señor Dios desarraigará delante de vosotros las gentes grandes y poderosas, y ninguno os podrá resistir; uno de vosotros perseguirá á mil de sus enemigos, porque vuestro Señor Dios peleará por vosotros, como lo tiene prometido; solamente procurad vosotros con grandísimo cuidado amar á vuestro Dios y Señor.»

El santo rey David, que tambien habia experimentado esta verdad y la proteccion que el Señor habia tenido de su persona y de su reino por haber él procurado de esmerarse tanto en la guarda de su santa ley, deseando que su hijo Salomon siguiese sus pisadas y fuese favorecido del Señor, estando para morir, las postreras palabras que le dijo fueron éstas (5): «Yo me muero y voy por el camino de todos los hombres; esfuérzate y mira que seas varon y que guardes los mandamientos de tu Señor Dios, y camines por sus sendas, y guardes sus ceremonias y sus preceptos y juicios y mandamientos enteramente, como están escritos en la ley de Moisés, para que así entiendas todo lo que haces y cualquiera cosa en que pusieres la mano, y el Señor confirme sus palabras y lo que me prometió cuando me dijo: Si tus hijos guardaren mi ley y anduvieren en mi acatamiento en verdad y con todo su corazon, y con toda su ánima me sirvieren, no faltará de tu casta y generacion rey que se asiente en el trono de Israel.» Y al mismo rey Salomon dijo Dios (6): «Si anduvieres por los caminos derechos que yo te he mostrado, y guardares mis preceptos y mandamientos como los guardó David, tu padre, yo te daré largos años de vida.»

Josías fué uno de los más santos reyes (7) y más agradable á Dios de cuantos hubo en el reino de Judá, el cual, habiéndose hallado en su tiempo un libro en el templo, en que estaba escrita la ley del Señor, y las amenazas grandes que promete á los

(4) *Josué*, xxiii. (5) *III, Reg.*, ii. (6) *III, Reg.*, iii. (7) *IV, Reg.*, xxii.

que no la guardan, y habiéndolas oido leer, se turbó, y envió luégo á saber le que Dios mandaba que él hiciese, y añadió estas palabras: «Gran saña tiene Dios contra nosotros, porque nuestros padres no han guardado ni obedecido á lo que manda este libro.» Por donde se ve que el primero y más principal cuidado de los reyes y príncipes debe ser el acudir á Dios y guardar su santa ley, y procurar que todos sus súbditos la guarden; y cuando lo hacen así, Dios les da prosperidad y conserva los reinos, y hace que sean felices y bienaventurados acá temporalmente, y en el cielo sin fin (1). Porque, como todos los reyes que hay en la tierra no son reyes propietarios y supremos de sus reinos, sino vireyes y lugartenientes de Dios, el cual, como dijo Daniel (2), muda los tiempos y las edades, y funda los reinos y los traspassa como es servido, deben mirar con atencion, y considerar á menudo la instruccion y orden de su Rey y Señor, si quieren acertar á gobernar conforme á su disposicion y voluntad; que si un visorey y lugarteniente del rey gobernase el reino á su gusto y voluntad, y no á la de su señor, por más acertado que pareciese su gobierno, no lo sería, y mereceria que se le quitasen, y le castigasen severamente por ello.

Por esto dijo la Sabiduria (3): «Oídme ¡oh reyes! y entendedme, y los jueces de la tierra aprendan. Dadme oídos vosotros, que gobernais los pueblos y os complacéis en el mando de las naciones populosas, porque la potestad que teneis, el Señor os la ha dado, y la virtud del Altísimo, que examina vuestras obras y escudriña vuestros pensamientos, porque, siendo ministros de su reino, no habeis juzgado con rectitud, ni guardado la ley de la justicia, ni caminado conforme á la voluntad de Dios. Presto y espantoso os aparecerá, porque se hará juicio durísimo y riguroso contra los que presiden y gobiernan á los otros.» Todas las letras sagradas, y más las historiales y los profetas, nos enseñan esta verdad. Los libros de *Josué*, de los *Jueces*, de los *Reyes*, del *Paralipomenon* y de los *Macabeos* están llenos de innumerables ejemplos de favores que hizo Dios á los reyes y príncipes y jueces de su pueblo cuando lo gobernaban conforme á su ley y tenían cuenta con su religion, y de castigos horribles cuando se apartaban della y volvian las espaldas á Dios; pero, por no ser prolijo, contentarme he con traer un lugar solo, que es como una breve suma y recapitulacion de todo lo que se dice acerca desto en la Sagrada Escritura.

Cuando vino Holofernes, capitán general de Nabucodonosor, rey de los asirios, contra los judíos (4), viendo que los de Betulia se ponian en resistencia y que querian pelear contra él, lo cual no habian hecho otras naciones, quiso saber qué gente era aquella, qué rey, qué armas, qué fuerzas, qué ánimo tenía, y en qué se confiaba para

(1) *Josef.*, *Ant.*, lib. iv, cap. viii. (2) *Daniel*, ii. (3) *Sapient.*, vi. (4) *Judit*, v.

poderle resistir. Preguntó esto á los príncipes de Moab y capitanes de Amón, que tenía allí consigo, y el principal de todos, que se llamaba Achior, aunque gentil, despues de haber hecho una larga plática de las cosas maravillosas que Dios habia obrado en favor de su pueblo, le respondió desta manera: «Do quiera que ha entrado este pueblo, sin arco y sin flecha, sin escudo y sin espada, su Dios ha peleado por él, y ha vencido, y no ha habido quien le haya podido sujetar sino cuando se ha apartado del culto de su Dios y Señor. Y todas las veces que han dejado á su Dios y tomado otro, fueron despojados y muertos á cuchillo, y han sido oprobrio de sus enemigos. Por tanto, señor, examinad diligentemente si este pueblo tiene agora algun pecado contra su Dios, y si le tiene, vamos contra él, que su Dios os le entregará y le pondrá debajo del yugo de vuestro soberano poder; pero si este pueblo no tiene ofendido á su Dios, no podemos hacerle resistencia, porque su Dios le defenderá, y nosotros no sacáremos sino vergüenza y afrenta delante de todo el mundo.» Ésta fué la respuesta sana, verdadera y cuerda de Achior; mas Holofernes y los príncipes y capitanes de su ejército se enojaron y embravecieron contra él, y le quisieron matar, porque habia dicho que si el Dios de Israel no estaba ofendido de su pueblo, él le defenderia de sus manos; y dejaron á Achior atado á un árbol, con ánimo de vengarse dél y hacerle pedazos cuando venciesen á los judíos y asolasen sus ciudades; pero despues sintieron la verdad de lo que Achior les habia dicho y pronosticado, cuando por mano de la santa Judit Holofernes perdió la cabeza y la vida, y todo su ejército fué desbaratado, deshecho y confuso.

CAPÍTULO VIII.

Que por lo que nuestra religion nos enseña de la excelencia y majestad de Dios, le debemos suma veneracion.

Ésta es la suma de todo lo que nos enseñan las divinas letras. En esto se encierra cuanto el Espíritu Santo inspiró á los profetas, y predicó por los apóstoles, y publicó por los doctores de su Iglesia, para enseñanza de los príncipes, é instruccion de sus vidas y premio de sus trabajos, y fin y bienaventuranza de sus deseos. Aquí está cifrado todo lo que se puede decir á este propósito: que tengan la ley de Dios delante los ojos; que ella sea su espejo, su dechado, su vida y su luz; con ella se aconsejen, con ella se acuesten, con ella se levanten, con ella coman, con ella trabajen y descansen, con ella hagan paz y guerra, den vida y muerte al que la mereciere. El primero y el postrero de sus cuidados sea guardar lo que Dios manda, y reverenciar y servir á su santísima religion; porque con esto tendrán de su parte á Dios, el cual solo da los reinos y rige los reyes, y los alumbrá y da consejo, para que sepan lo que deben emprender, y ánimo para emprenderlo, y fuerzas é industria para ejecutarlo, y buen suceso á los negocios que se toman por su servicio. Él es el que les provee

de riquezas y tesoros en la mayor necesidad; el que descubre y castiga las tramas que se urden y tejen secretamente contra los príncipes; el que divierte y corta las ocasiones de gastos y de guerras, y pone espanto á los enemigos, y les da vitoria contra ellos; y finalmente, el que como Rey soberano y solo Monarca del universo, hace gloriosos á todos los reyes, sus criados y ministros, que reinan por Él.

Esto es lo primero y más principal que la misma religion, en general, nos enseña; pero vamos desmenuzando esto más, y desenvolviendo esta doctrina, y poniendo más en particular lo que acerca desto nos enseña esta misma religion; la cual, para persuadirnos esto que queda declarado, nos enseña en las divinas letras el temor profundísimo y la reverencia humildísima y el amor entrañable que debemos tener á Dios nuestro Señor. Para esto nos manifiesta (1) que Él es el que crió de nada los cielos y la tierra y todos los elementos, y cuantas cosas espirituales y corporales tienen sér. Que es Dios todopoderoso (2), y que ninguno puede resistir á su voluntad, y que el que le quisiere resistir quedará confuso. Que es más alto que el cielo, y más profundo que el infierno, y más largo que la tierra, y más ancho que la mar (3); porque es inmenso é incomprendible, y con henchir todas las cosas, no es comprendido de ninguna dellas. Que si deshiciere el mundo y asolaré las gentes y arruinaré todo lo criado, no hay quien le pueda pedir cuenta, ni decirle: Señor, ¿por qué lo haceis? Y que si Él destruyere, ninguno podrá edificar, y si Él cerrare la puerta, ninguno la podrá abrir, y que todo lo que quiere este gran Señor, se hace en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos (4). Que le asisten y sirven innumerables ejércitos de soldados y ángeles (5), para ejecutar lo que les fuere por Él mandado (6). Y las columnas del cielo tiemblan delante dél, y los truenos, relámpagos y rayos van donde Él les manda, y vuelven, y dicen (7): Aquí estamos. Y todas las criaturas miran su rostro y obedecen á su voluntad.

Enseñanos nuestra religion que este Dios es sapientísimo, y un piélago infinito de sabiduría; que tiene contadas todas las estrellas, y llama á cada una dellas por su nombre, y sabe cuántos granos de arena hay en la orilla del mar, y cuántas gotas de agua en la lluvia, cuántos días en todos los siglos, y tiene medida la altura del cielo y la latitud de la tierra y la profundidad del abismo (8). Y solo sabe las cosas pasadas, presentes y por venir, y penetra lo más secreto de los corazones de los hombres, y que para sus ojos no hay cosa oculta ni escondida. Enseñanos más: que este grandísimo y poderosísimo y sapientísimo Rey es riquísimo; que es suya la magnificencia, la potencia, la gloria, la vitoria, la alabanza, y que todos los tesoros son suyos, y Él solo es verdadero Rey, y Rey

(1) Genes., 1, xvii et l. (2) Job, xi. (3) Job, xi.
(4) Psalm. cxxxiv. (5) Daniel, ii. (6) Job, xxvi.
(7) Job, xxxviii. (8) Eccles., i.

de los reyes y Señor de los señores; que solo es invisible é inmortal (9), y el que da los reinos y los quita á su voluntad (10), y da el cetro y la corona á quien es servido, y cuando le parece, viste de jerga y de sayal á los príncipes que andaban cargados de seda y de oro y de joyas. Enseñanos que es sumamente bueno, y solo por su esencia y naturaleza bueno, y bien de todos los bienes, y principio y fin de todas las cosas, y que por esta su natural é infinita bondad, sin tener ninguna necesidad de nosotros, nos crió y comunicó el sér que tenemos, y nos hizo capaces de sí y á su semejanza é imagen, y que habiéndola nosotros afeado y borrado por el pecado, Él, por su sola piedad y clemencia, se vistió de nuestra frágil carne, y padeció infinitos trabajos y penas, y murió desnudo entre dos ladrones en una cruz por nuestro amor, para pagar en su benditísimo cuerpo la pena que nuestras culpas merecian; y siendo Rey de gloria, quiso dar su vida por la vida de su esclavo, sin tener necesidad dél, ni tener otro motivo para hacerlo, sino su misma bondad y mostrar quién es. Pues ¿qué temor se debe á un Señor tan grande? ¿Qué reverencia á un Rey tan poderoso? ¿Qué respeto á un Príncipe soberano de infinita majestad? ¿Con qué recato y circunspeccion debemos vivir en los ojos de quien nos está siempre mirando, y lee en nuestros corazones todos nuestros pensamientos, afectos, deseos y cuidados? ¿Con qué amor tan dulce y tan entrañable debemos servir á quien tanto hizo y padeció por nos?

CAPÍTULO IX.

La providencia que Dios tiene de todas las cosas, y más particular de los hombres.

Enseñanos asimismo nuestra santa religion la providencia tan cuidadosa que este Señor tiene de todas las cosas que crió, y más particular de los hombres, y aún más regalada y paternal de los que le aman y sirven como deben; porque, así como Dios es causa eficiente de todas las cosas, no sólo para darles el sér que tienen, sino tambien para conservarles el que una vez les dió, con tan gran dependencia, que si un punto cesase de este oficio, todas las cosas se volverian en aquella nada de que ántes fueron criadas; así es necesario que concurre con ellas en todos sus movimientos naturales, y esté por esencia en ellas, y las mueva y enderece á sus fines, y con su providencia las abraza y lleve de cabo á cabo con fortaleza y las disponga con suavidad; de manera que Dios tiene providencia, no sólo de los cielos, sino tambien de la tierra, no sólo de las cosas altas, sino tambien de las bajas, de los ángeles juntamente y de los gusanos, de los hombres y de las bestias, y no hay cosa tan vil y pequeña, que no esté debajo de la providencia del Señor, el cual dice (11) que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza, y que no cae la hoja del árbol sin su voluntad, y que Él viste los campos

(9) 1. Tim., i. (10) 1. Par., xxix. (11) Malth., vi et x; Luc., xii.

con la hermosura de las flores y belleza del heno, y otras sentencias semejantes á éstas, con que se confirma esta verdad. Y hasta Platon, filósofo, la conoció y enseñó (1), y la persuadió con muchos ejemplos de los buenos médicos, que curan todas enfermedades, grandes y pequeñas; de los padres de familias, que tienen cuidado de todas las cosas de casa; de los buenos gobernadores, que abrazan y comprenden todas las cosas de la ciudad; de los capitanes generales, que son la vida y ánima de todo su ejército.

Toda la omnipotencia de Dios es menester para criar una flor, y toda para criar el más encumbrado serafín que hay en el cielo, y no se requiere ménos poder para lo uno que para lo otro, como lo dice san Agustín por estas palabras (2): «Vuestra omnipotente mano, que siempre es una y la misma, crió los ángeles en el cielo y los gusanos en la tierra, y no es mayor en los ángeles ni menor en los gusanos; porque, así como ninguna otra mano que la vuestra pudo criar el ángel, así ninguna otra pudo criar un gusanillo. El criar el cielo y criar la más pequeña hoja del árbol, formar el cuerpo humano y hacer blanco ó negro un cabello, igualmente está reservado á vuestra omnipotencia, para la cual ninguna cosa es imposible; porque no es cosa más posible para Dios criar el gusano que el ángel, ni más imposible extender el cielo que la hoja del árbol, ni más fácil formar un cabello que el cuerpo, ni más difícil fundar la tierra sobre las aguas que las aguas sobre la tierra.» Esto es de san Agustín. Pues así como es menester el poder de Dios para criar cualquiera criatura, por flaca y vil que sea, así para conservarla y encaminarla al fin para el cual el Señor la crió, es menester su divina providencia, la cual se muestra más en el gobierno de los hombres, porque son como señores de las demas cosas que se criaron para su servicio. Y pues Dios tiene tan particular cuenta con las plantas, flores, frutas, bestias, peces y aves, y otras cosas que crió para servicio del hombre, mucho mayor la tendrá del hombre mismo, para cuyo servicio las crió. Pues la providencia que tiene Dios del hombre, aunque no es siempre uniforme y de la misma manera que la de las otras cosas, que son siempre unas y las mismas, porque el hombre, por tener libre albedrío y ser señor de su voluntad, es vário, y se muda de bien en mal y de mal en bien, y así ha de haber premio para el bueno y castigo para el malo, siempre es muy atenta y muy particular y muy maravillosa.

Tiene el Señor tan menuda y tan particular cuenta con cada uno de los hombres, como si no tuviese otra cosa que hacer, ni que gobernar más que aquel solo hombre, como lo dice altísimamente el mismo glorioso y profundísimo doctor de la Iglesia san Agustín (3), hablando con Dios, por las palabras que, por ser admirables, me ha parecido poner

(1) Lib. xxxiv, De Legib., dial. x. (2) Solutio., cap. ix.
(3) Ibidem.

aquí: «Como presidis, dice, á todas las cosas, morando dentro dellas, y estáis siempre en todo lugar presente, y teneis cuidado de todo lo que criastes, estáis tan atento á lo que yo hago, y así notais mis pasos y las sendas que llevo, y de día y de noche velais sobre mí, como si, olvidado del cielo y de la tierra, y de todas las criaturas que hay en toda esta máquina tan grande y maravillosa, tuviédeses solamente cuenta conmigo y no la tuviédeses de lo demas; porque la luz incomutable de vuestra vista no crece por mirar á uno solo, ni se disminuye por mirar á cosas innumerables y diversas; porque, así como vuestra vista comprende perfectamente todas las cosas juntas, así comprende cada una dellas, aunque sea diferente de las otras, con una misma perfeccion; y considera todas las cosas como cada una, y cada una como todas, y esto sin division ni disminucion ni mudanza alguna vuestra; de manera que vos todo siempre me considerais á mí todo y con una sola vista por todo el discurso del tiempo, pero sin tiempo, con tanta claridad y perfeccion como si no tuviédeses otra cosa en que mirar y considerar; y de tal suerte teneis puestos los ojos en mí, como si estuviédeses olvidado de todas las demas cosas y no tuviédeses cuenta con ninguna dellas, sino conmigo solo; porque siempre estáis presente, siempre os ofrecéis aparejado para ayudarme, si á mí me hallais aparejado para dejarme ayudar. Do quiera que yo voy, nunca, Señor, me dejais, si yo primero no os dejo á vos. Do quiera que estoy no os apartais de mí, porque estáis en todo lugar, para que do quiera que yo vaya os halle y no perezca, pues sin vos no puedo tener sér.» Hasta aquí son palabras de san Agustín. Y esta verdad tambien conoció Séneca (4), con ser gentil, cuando dijo: «No hay cosa cerrada para Dios; siempre está dentro de nuestros ánimos y presente á nuestros más secretos pensamientos.» Y Boecio dijo (5) que porque Dios solo ve todas las cosas, se puede llamar verdadero y solo sol. Epiceto, filósofo, dice: «Cuando cerráredes las puertas y matáredes las lumbres y estuviéredes en tinieblas, no os pase por la imaginacion pensar que estáis solos, sino Dios está con vosotros, y no tiene necesidad de lumbre para ver lo que haceis

CAPÍTULO X.

Que la providencia de Dios es más paternal para con los buenos reyes, y por esto deben ellos ser más celosos de la religion.

Mas, aunque Dios tenga esta general providencia de todos los hombres que habemos dicho, muy más especial es la que tiene de los hombres buenos y justos, á los cuales trata como amigos y hijos regalados; y así, Plutarco, refiriendo una sentencia de Hermógenes acerca de la providencia que los dioses tienen de los buenos, dice estas palabras (6): «Los dioses, que lo saben todo y pueden todo, de tal manera me aman, y tienen tanto cuidado de mí, que

(4) Epist. liv. (5) Lib. De consol. (6) In lib. Non posse suavi, secundum Epicur.

de noche y de día les estoy presente, y saben cualquiera cosa que hago y quiero hacer, y me enderezan y significan el fin que han de tener las cosas.» Y más abajo: «Todas las cosas son de los dioses, y todas las cosas son comunes entre los amigos, y como los buenos son amigos de los dioses, síguese que los aman y que no pueden dejar de ser felices.» Pero mucho más clara y admirablemente dice el Espíritu Santo (1): «Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen; Él es su gobernación poderosa, su lugar de refugio, escudo de su defension, amparo contra el calor del estío, sombra para el mediodía, socorro en sus peligros y ayuda en todas sus caídas; Él es el que levanta sus ánimas, alumbrá sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendición.» Y el profeta David dice (2): «El Señor tendrá cuidado de regir y enderezar los pasos del justo, y cuando cayere, no se quebrantará, porque Él pondrá debajo su mano (¡oh qué almohada tan blanda!) para que no se lastime.» Y en otro lugar: «Muchas son las tribulaciones de los justos; mas de todas ellas los librará el Señor, porque Él tiene contados los huesos dellos de tal manera, que ni uno solo sea quebrado.» Y no sólo los huesos de los justos tiene contados el Señor, mas también todos sus cabellos, como Él mismo lo dice en el Evangelio (3), para que ni uno solo se pierda. Por esta tan especial y regalada providencia del Señor para con los justos, se llama Él, en las letras sagradas, pastor que los rige, y rey que los defiende, y maestro que los enseña, y médico que los cura, y amo que los trae en sus brazos, y guarda que vela sobre ellos, y padre y madre que los ama tiernamente y los provee con abundancia, y esposo dulcísimo de sus ánimas, y con otros nombres como éstos, para declarar lo que los justos y fieles siervos tienen en esta providencia del Señor; pues siendo esto así, ¿cómo debemos corresponder á tal providencia? ¿Con qué ansia y vigilancia debemos servir á tal Señor? ¿Con qué ternura y afecto amaré tan buen padre á tan dulce madre, á un esposo tan leal y tan amoroso y suave?

Y si el Señor usa desta tan especial y paternal providencia con un hombre particular que le sirve (cualquiera que sea), ¿qué hará con los reyes y príncipes que se desvelan en servirle, y son medio para que sus súbditos y vasallos le sirvan, y con su celo y poder arrancan de sus reinos los vicios y plantan las virtudes, desfavorecen y castigan á los malos, y favorecen y premian á los buenos y virtuosos, y en fin, son ministros de Dios, para que Él sea alabado y glorificado y reverenciado de los buenos por amor de la virtud, y de los malos por temor de la pena? Santo Tomas (4), en un opúsculo que escribió al rey de Cipro, *Del gobierno de los príncipes*, prueba eficazmente que los buenos reyes y príncipes han de alcanzar mayores y más excelentes premios de Dios que la otra gente comun;

(1) *Eccel.*, xxxiv. (2) *Psalm.*, xxxvi. (3) *Matth.*, vi; *Luc.*, xii.
(4) *Opus.*, xx, lib. i, cap. ix; y Egidio Romano, *De Regim. Princ.*, lib. i, part. i, cap. xiii.

porque, si el premio se debe á la virtud, mayor premio se debe á la mayor virtud; y tal es la que pudiendo hacer mal no le hace, y en medio de tantas ocasiones y llamas no se quema, mayor es la que, no solamente sabe regirse á sí y á su familia, y á una ciudad ó pueblo, pero se extiende y dilata en gobernar bien los reinos y diferentes y varias provincias y naciones, y no como quiera, sino como un artífice supremo y arquitecto, del cual dependen todos los manuales y artífices inferiores, y como un capitán general que rige y alienta todo el ejército, y es la salud, la vida y ánima del, y como otro sol en el mundo, y un dios en la tierra, cuyo vicario y ministro es el buen rey, y así le miran y respetan las gentes como á Dios, á quien él representa, mirando y conservando el bien comun, como lo hace Dios.

Todo esto que he dicho de la providencia que Dios tiene de todas las criaturas, y especialmente de los hombres buenos y reyes fieles, lo he traído porque es el fundamento en que debe estribar el gobierno y confianza del príncipe piadoso, que está colgado de Dios y echado en sus brazos, y reposa en su divina providencia, y para deshacer las marañas de los políticos, que de tal suerte enseñan á gobernar los estados, como si el Señor no tuviese providencia dellos, y el mundo se gobernase acaso ó con sola la malicia y astucia humana. Y los malos príncipes, que siguen esta perversa doctrina, como no conocen á Dios por padre, no tienen en Él la confianza que deben tener los buenos hijos, y por eso buscan otros medios para la conservación de sus estados injustos y desproporcionados, y juzgan que Dios les faltará, ó que no les dará lo que desean, ó que se lo dará tarde y escasamente, y no á la medida de su codicia, y que más breve y cumplidamente los podrán alcanzar por otros medios humanos, fundados en su prudencia é industria. Pero el príncipe cristiano, que está persuadido de la majestad inmensa del Señor, y del servicio y reverencia que se le debe, y de la providencia con que Él rige y administra los imperios y conserva los reinos y señoríos, tomando de su parte los medios justos y lícitos, y colgado desta providencia del Señor, fiase de sus promesas y descansa debajo de su protección, porque sabe que todos los estados son suyos, y que Él los da y Él los conserva, y que sin Él ninguna sabiduría ni potencia humana los puede conservar; cuando Dios acude á sus intentos, hácele gracias; cuando no le acude, tiene por conveniente cualquiera suceso que viene encaminado por aquella fuente de sabiduría y bondad, la cual estima en tanto, que le parece cosa indignísima y feísima ofenderla, y dejarla por todos los estados é imperios del mundo. Y hasta Plutarco dijo (5) que los que niegan la providencia de Dios se privan de aquel gozo inefable que tienen los que la creen y fian en ella. Y Clemente Alejandrino dice (6) que es miserable

(5) *In lib. Non posse suav. vivi, secundum Epicur.*
(6) *In Orat. ad Gent.*

cosa ser el hombre privado deste socorro y regalo de Dios.

CAPÍTULO XI.

Cuál sea la verdadera felicidad de los reyes, y premio de sus trabajos.

Pero aquí se ha de advertir y explicar qué premios son éstos tan grandes, que los buenos reyes, con su loable y justo gobierno, merecen y alcanzan de Dios. ¿Son por ventura grandes tesoros, ricos estados, reinos poderosos, copia de mantenimientos, salud, fuerzas, vida larga, vitoria de sus enemigos, paz, honra y gloria, y aquello que el mundo llama felicidad, y los políticos tienen por sumo bien y por el blanco y fin de todo su gobierno? Todos estos bienes suele nuestro Señor dar con abundancia á los reyes y príncipes cristianos que fielmente le sirven, cuando les conviene; pero si en ellos se rematase su galardón, no serian bienes tan grandes como son, sino muy cortos, bajos y de poco valor. Y muchas veces no habria diferencia del católico al hereje, del buen Rey al malo, del cristiano al pagano, si por solos ellos se hubiese de medir su felicidad; pues el Señor los reparte á los unos y los otros, para declarar la poca estima que dellos debemos hacer.

San Agustín, hablando desta materia, dice estas palabras (1): «No llamamos nosotros felices á algunos emperadores cristianos porque imperaron largos años, ni porque, muriendo en paz, dejaron el imperio á sus hijos, ó por haber sujetado á los enemigos de la república, ó castigado los vasallos rebeldes, y sosegado los alborotos que se levantaron contra ellos; porque estos bienes ó consuelos desta vida miserable también los han recibido algunos infieles é idólatras, que no tienen que ver con el reino de Dios, cuyos ciudadanos son los emperadores cristianos; lo cual con grande misericordia ha hecho el Señor, para que los que creen en Él no deseen ni le pidan estas cosas, como si fuesen sumos bienes. Mas llamámoslos felices si gobiernan con justicia, si entre las lenguas de los que los alaban y honran y sirven con tanta sumision, no se desvanecen ni se olvidan que son hombres; si emplean toda la potestad que tienen, principalmente para dilatar y amplificar el culto y reverencia de Dios, sabiendo que la recibieron del, y que son ministros y criados suyos; si temen, aman y reverencian al Señor; si aman más aquel reino del cielo, donde no temen tener compañeros, que este de la tierra, que no admite compañía; si son tardos en vengarse y fáciles en perdonar; si ejecutan esta venganza, no por satisfacer á su saña, sino por la necesidad que tiene della la república para su buen gobierno y conservación, y el perdón que hacen no es para que la maldad quede sin castigo, sino por la mayor esperanza de emienda; si los castigos rigurosos, que muchas veces no se pueden excusar, los ablandan y mitigan con la suavidad

(1) *Aug.*, *De Civit. Dei*, lib. v, cap. xxiv.

de la misericordia y con la abundancia de otros beneficios; si son tanto más castos, cuanto son más libres, y desean y procuran ser más señores de sí mismos que de los otros, y mandar y sojuzgar á sus desenfrenados apetitos, más que ser señores del mundo; y si hacen todo esto, no por codicia y apetito de gloria vana, sino por amor de la vida eterna; y si por sus pecados ofrecen continuamente á Dios el sacrificio del corazón contrito y humillado y misericordioso. A estos tales emperadores cristianos llamamos á boca llena felices y bienaventurados, agora en esperanza, y despues cumplidamente, cuando el Señor les diere lo que todos esperamos.» Todo esto es de san Agustín.

Santo Tomas (2) prueba con muchas razones que el fin del buen rey no debe ser riquezas ni honra, ni gloria temporal, ni otra cosa alguna de las que da Dios á los reyes buenos y á los malos; pero que su fin y su premio verdadero debe ser el mismo Dios, y aquella bienaventurada eternidad que esperamos los cristianos, la cual con tanta mayor abundancia se comunicará á los buenos reyes, cuanto ellos, más que otros, representan y sirven al Rey de los reyes. En los concilios de España (3), que el doctor García de Loaisa, maestro dignísimo del príncipe don Felipe, nuestro señor, ha sacado á luz é ilustrado con sus eruditas anotaciones, se pone una exhortación que hacen los obispos al Rey, que con razón llamaron camino real; en la cual, hablando del premio que deben esperar los reyes, se ponen al cabo estas palabras: «¡Oh cuán bienaventurada es la vida de los reyes justos, la cual aquí resplandece con la abundancia de las cosas temporales, y en el cielo goza para siempre de la compañía de los ángeles! Aquí se sustenta con los regalos de la tierra, y allá es adornada con ropas de gloria; aquí va acompañada de muchedumbre de caballeros, allá de escuadrones y ejércitos de espíritus celestiales; aquí se recrea con la multitud de los hombres, allá con la de los ángeles; aquí la milicia y soldados le obedecen, allá él mismo es soldado del grande emperador; aquí va vestido de púrpura, allá es coronado de gloria; aquí trae corona real, y allá de gozo, júbilo y sempiterna alegría; aquí le llaman príncipe é hijo de rey, pero allá es confirmado eternamente por rey. Y la diferencia que hay de la estrechez y bajeza del reino temporal de la tierra á la grandeza y excelencia del reino celestial, ésa hay de los bienes que aquí posee el buen rey á los que poseerá en el cielo.» Todas éstas son palabras que se dicen en aquella exhortación al príncipe.

Esto es lo que nuestra santa religion nos enseña de la grandeza, majestad, poder, sabiduría y bondad de Dios, y de la providencia que tiene de todas las cosas, y más de los hombres, y cuán regalada y paternal es la con que cuida de los buenos, especialmente de los reyes que se desvelan en ser-

(2) *Tom.*, opuse. xx, lib. x, cap. viii; Egidio, *De Regim. Princ.*
(3) En el principio de los concilios.